

VALPARAÍSO REVIEW OF BOOKS

Volume I

Number II

Winter solstice 2022

A 100 años del viaje de Gabriela a México

TEMAS

Escritores Japoneses y Suicidio

Darwin, ecólogo para el Antropoceno

De la episteme a la clase:
el largo viaje de Bruno Latour.

Comentarios

-Oreskes, N. (2021) *Why Trust Science?*
Princeton New Jersey: Princeton University Press.

-Stengers, I- (2013). *Une autre science est possible!*
Paris: Le Découverte.

Valparaíso, 21 de junio 2022
Yuri Carvajal Bañados - editor
valparaiso.review@gmail.com

Escritores Japoneses y Suicidio - Santiago Parry

Japón ostenta para nuestra mentalidad occidental el “trágico” record de ser uno de los países con la tasa de suicidios más alta del mundo. Seguramente muchos lo imaginamos de una manera un tanto romántica, de un idealismo llevado al extremo inspirado en historias de samurái y de honor en una sociedad y cultura que nos cuesta mucho traducir y mucho menos entender. Un grupo humano que no está influenciados por una religión y una sociedad que ha estigmatizado la muerte auto producida con el argumento que es pecado, probablemente uno de los peores de todos ya que se atenta contra la vida, algo que quita o da solo Dios. Dante Alighieri en su famosa obra les destina el Séptimo círculo, el de los violentos contra sí mismos, y los suicidas son transformados en árboles por haber querido voluntariamente renunciar a su naturaleza humana y de hecho no podrán nunca recuperarla. Cuando comencé a escribir estas líneas tenía detrás de mi muchos años de lectura de escritores japoneses que curiosamente se habían quitado la vida. Inconscientemente es probable que asociara esta casualidad con una relación de causa-efecto.

Entre ellos Ryonosuke Akutagawa (1892-1927) maestro de los relatos breves (un importante premio literario en Japón lleva su nombre), muy poco conocido en el mundo occidental, algunos de sus cuentos “Rashomon “ y “En el bosque” son la base de una de las películas del célebre Akira Kurosawa. Que figuran dentro de las mejores películas de todos los tiempos según la crítica especializada. Lector voraz e insaciable, vivió bajo el peso de haber visto morir a su madre a muy temprana edad probablemente por esquizofrenia, buscaba la belleza y la perfección estilística tratando de conseguir una fusión de estos mundos literarios. Al final acosado por síntomas inequívocos de la enfermedad tan temida, comenzó a tener alucinaciones, lo que se refleja en obras como “Los engranajes”, “Vida de un loco”, pero seguramente también influyó una cierta contradicción vital entre el mundo real de un Japón y una cultura obsoleta que parecía tan lejano del resto del mundo decidió quitarse la vida. Nos dejó como legado una carta a su mejor amigo de la cual extraigo la cita que da comienzo a estas letras, donde explica con una frialdad pasmosa las razones de su suicidio. Entre otras cosas aclara: “Una vez que me decidí por el suicidio (no lo considero un pecado, como los occidentales), busqué la manera menos dolorosa de llevarlo a cabo.”

Yasunari Kawabata (1899-1972) primer premio Nobel de Literatura para Japón, mucho más conocido y contemporáneo, quien se expresaba de sí mismo como: “un solitario empedernido”, decidió suicidarse según se especula, ya que no dejó cartas, a la edad de 72 años intoxicándose con gas. Aparentemente no pudo soportar una enfermedad y deprimido por el suicidio ritual de su amigo Yukio Mishima ocurrido 2 años antes y de quien llegó a decir: “que no entendía como le pudieron dar a él el premio existiendo Mishima”. Por su parte Yukio Mishima (1947-1970), indiscutidamente uno de los escritores japoneses más conocidos de todos los tiempos, cuyas obras de gran calidad y caracterizadas por mezclar la estética moderna con el tradicionalismo japonés, una vez completada la última novela de su tetralogía “El Mar de la Fertilidad” junto a un grupo ultranacionalista de derecha creado y adiestrado por él, pretendía reconquistar el poder del Emperador y abolir la Constitución de 1947. Secuestraron al General del Cuartel de Tokio y desde el balcón lanzaron una encendida proclama. Luego de esto se suicidó mediante el ritual de los samurái “Seppuku” o “Harakiri” con sus compañeros.

Osamu Dazai (1909-1948) considerado uno de los escritores más apreciados de Japón, a los 38 años en el mejor momento de su carrera según los críticos (obras notables: “El ocaso” 1947 e “Indigno de ser humano” 1948). Se suicidó lanzándose a un río junto a su amante. Hay que mencionar que era su cuarto intento. Takeo Arishima (1878-1923), también un reconocido escritor de cuentos y novelas dentro de sus pocas obras traducidas al español “Cierta Mujer” es un interesante trabajo

acerca de una mujer que se revela a su vida de sumisión en la rígida y machista sociedad japonesa de la época en la que le tocó vivir. Se suicidó también junto a su amante por, ahorcamiento al ser descubierto el “affaire” por el marido de ésta.

Para terminar este mini recuento, que no es de todos los escritores japoneses que se han suicidado sino más bien de los que he conocido a través de sus lecturas, lo haré con un poema, se llama “Eres un Eco”:

Si digo, “¿Vamos a jugar?”
tú dices, “¡Vamos a jugar!”
Si digo, “¡Estúpido!”
tú dices, “¡Estúpido!”
Si digo, “No quiero jugar más”,
tú dices, “No quiero jugar más.”
Y luego, después de un tiempo,
volverme solitaria
Digo “Lo siento”.
tú dices: “Lo siento”.
¿Eres sólo un eco?
No, tú eres todos....

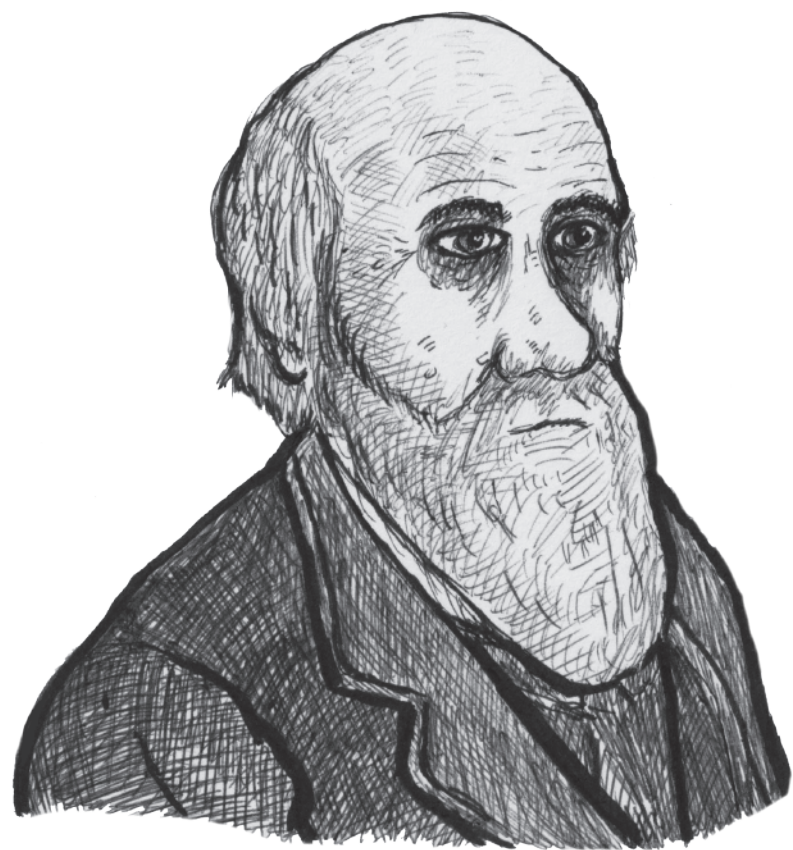


Este poema fue elegido por el gobierno de Japón tras el terrible tsunami del año 2011, para levantar los ánimos y comenzar el penoso trabajo de la reconstrucción, se convirtió en una oración de esperanza para millones de personas afectadas por la tragedia. Fue escrito por la joven poetiza Kaneko Misuzu (1903-1939). Una mujer cuya vida estuvo marcada por la tragedia, casada a la fuerza en los tiempos de los matrimonios arreglados, vivió un infierno con un marido que la engañaba, maltrataba, frecuentaba burdeles y le contagió una enfermedad de transmisión sexual que la afectaría hasta el día de su muerte, celoso del éxito como escritora, le prohibió escribir y frecuentar los círculos literarios. Cuando finalmente se divorció, este le entabló un juicio para quitarle a su hija y esta a modo de protesta se suicidó.

Pero como todos sabemos, el suicidio de escritores no es patrimonio de oriente y sus costumbres, Emilio Salgari prolífico escritor de aventuras, se suicidó siguiendo el ritual japonés del “Harakiri” agobiado por sus deudas, dejó a sus editores una carta donde les pedía que después de tanta explotación por lo menos pagaran su ataúd. Virginia Wolf acosada por los síntomas de un nuevo ataque de esquizofrenia, también lo hizo lanzándose a un río con piedras en los bolsillos, dejando una conmovedora carta a su esposo donde le contaba lo feliz que había sido a su lado y quitándole la responsabilidad por este acto. Alfonsina Storni, Stefan Zweig el célebre Ernest Hemingway entre muchos otros siguieron el mismo camino.

Cuando revisamos el contexto en el que murieron, la mayoría con enfermedades incurables para la época tanto mentales, como físicas, adicciones al alcohol o drogas. Seguramente no difieren mucho de aquellos que lo hacen sin ser escritores, quizás lo distinto no sea el motivo, como dice Akugatawa en su despedida “Probablemente nadie que intenta suicidarse, es plenamente consciente de todos sus motivos... que con frecuencia son demasiado complejos. Al menos en mi caso, el suicidio está causado por un vago sentimiento de angustia, un vago sentimiento de angustia sobre mi propio futuro”, quizás esta “vaga sensación de angustia”, que surge en aquellos que en sus propias palabras tiene la capacidad de “sentir más” y el increíble “don” de transmitirlo a los demás a través del arte sea la diferencia.

Darwin, ecólogo para el Antropoceno



Darwin es un autor de fama. Dudo que esa popularidad sea proporcional a su cifra de lectores activos. El origen de las especies es una obra monumental y lenta, rica en detalles, pero exige obstinación. El diario del viaje de un naturalista es mucho más atractivo y desencadena desde sus primeras páginas una pasión lectora. Pero la monumentalidad de esa y otras obras reduce ese efecto y sobreviven los excesivamente fanáticos o estudiantes obligados, que equivalen a medio lector o tal vez menos. Se habla de 17 libros de su autoría. Creo que, de ellos sólo el movimiento de las plantas no está traducido al español. Sus textos tratan de plantas, animales, geología, domesticación y especies. Expresan la laboriosidad de un investigador extremadamente curioso, hogareño y familiar. En sus trabajos involucra a sus hijos, haciendo experimentos con el padre en edades más que adulta, desembolsa de su bolsillo gastos para coleccionar ejemplares, obtener una especie o encargar una prueba de sus hipótesis, inunda a sus amigos de preguntas y comentarios, despacha libros por doquier, escribe con humor, se burla de sí mismo, encanta a sus correspondientes.

Entre los animales los corales son el primer tema de estudio, que lo hace escribir un libro dedicado en exclusiva a su efecto geológico. Explicar cómo se forman los atolones es un ejercicio de comprensión de la tierra, como resultado de la vida, que Darwin realiza como si fuera uno de los actuales científicos del sistema tierra, comprendido como un estudio de la pequeña capa de vida que anima la superficie terrestre, el biofilm en que vivimos.

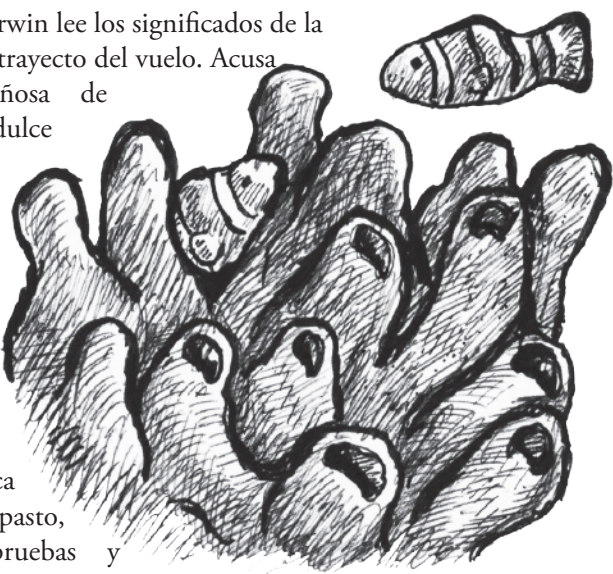
Se interna en la unidad prodigiosa de geología y animalidad oceánica, revisa detalladamente atolones, barreras y arrecifes costeros, sotavento y oleaje, el detritus que sube pegado en el extremo de los sondeos, las agudas profundidades de los bordes. Los clasifica según criterios que hoy siguen vigentes, los mapea y colorea tras enjuiciarlos. ¿Tras de qué pregunta anda? Mostrar que las tierras se hunden y elevan, cuestionar ligeramente la isostasia, mostrar la diferencia de la geología entre zonas volcánicas y aquellas que no lo son.

Luego están los pájaros. Las palomas y las gallinas. La fascinación por las plumas y los sonidos. Darwin es miembro pleno de la afición amateur inglesa por las aves expresada en Hudson, ese pampino retornado a Inglaterra como ornitólogo amante, Len Howard que dedica su vida a experimentar con los pájaros o el mismísimo J. Baker, autor del El Peregrino. Del otro lado del canal, ni Lorenz ni Michelet lograrán mostrar una pasión de tal intensidad.

Si los animales de las domesticaciones son aves y mamíferos, cuando se trata de capturar la semiótica de los seres vivos, las aves, pero además vegetales (flores), insectos y las lombrices toman un rol de vanguardia. Aparte de los pájaros, los únicos animales a los cuales dedica un libro exclusivo son los corales que ya mencionamos y las lombrices de tierra. De las plantas, las orquídeas también se han ganado un volumen propio.

En estos animales Darwin lee los significados de la forma de las alas, del trayecto del vuelo. Acusa la seducción engañosa de ciertas flores y de la dulce recompensa.

Su último libro es un tratado de humildad, encargado por las mismísimas lombrices que producen el humus. Horas de trabajo boca abajo en el pasto, sometiéndolas a pruebas y comprobando hallazgos increíbles.



Y los humanos, por supuesto. Los gestos de rabia, la musculatura capaz de mover las orejas, el movimiento de la nuca. El vuelo tantas veces recobrado por insectos, peces, aves y mamíferos. Pero su gran amor fueron las plantas. El apetito de una flor carnívora, el truco de las orquídeas, el entre juego de insectos y flores, para una recompensa reproductiva sexual, el movimiento de las semillas, la ruta del polen, la torsión de una enredadera, el fototropismo. Darwin no ganó ni habría ganado ningún proyecto del Ministerio de las ciencias ni un postdoc. Tenía su pequeña fortuna y era muy generoso, aunque a su lado hoy somos todos millonarios. No hizo clases en ninguna universidad ni logró cargo académico alguno ni Honoris causa. Inventó expresiones como selección natural, pangenesis, selección sexual, supervivencia de los más aptos, y con ellos puso a prueba su capacidad de escritura e investigación y la nuestra. Pero nada de eso lo hace uno de mis autores personales. Siendo un autor brillante desde su Journal, creo que sus mejores textos son los más tardíos. No sólo porque están mejor escritos, sino fundamentalmente porque hay en ellos una apertura a las relaciones entre seres vivos y tierra. Se queja de los escritos de Haeckel y de sus dificultades con el alemán. Entre tanto pasó por sobre la palabra ecología sin darse cuenta de que se trataba de una cenicienta que en menos de un siglo mostraría que sí calzaba su pie el zapatito perdido. Darwin supo muy precozmente que la vida y la tierra eran una sola cuestión. Supo ir hacia la geología y las plantas con la misma determinación con la cual se encaramó al Beagle. No dudó de lo que veía. Diseñó sutiles experimentos para compartir y hacer obvio lo que pensaba y veía. Pero su vejez lo volvió vegetal y húmico. Los animales y las plantas lo llevaron de regreso al salvajismo intelectual cuya ausencia tanto le pesó en el desencuentro con Jemmy Button. Años después de haber escrito barbaridades en su Journal sacaría provecho de las enseñanzas del yagán acerca del azúcar o de los perros.

Como un virus que pasa por muchos medios de cultivos y se atenúa, Darwin fue modificado por el paso a través de tantas especies vegetales y animales. Fue domesticado por ellas, transformado en el proceso cotidiano de interacción. Por eso no le gustaba hablar de especies superiores o inferiores.

Darwin confirma esa queja de Macaulay contra los derechos editoriales: los mejores textos de un autor son los más tardíos, de los que no disfruta no quien los suda, sino sus herederos. Parece ser que en el siglo XIX Darwin era pasión de multitudes. Pro Darwin o anti Darwin eran distinciones radicales, que abanderizaban a curas y laicos. Monista era Haeckel y agitaba su bandera atravesando fronteras.

En el siglo XX Darwin entró en el orden establecido ya la síntesis de genética de poblaciones con la teoría de la evolución, le dio un estatus y asiento entre los bien comportados.

Sueño con un Darwin ecólogo del Antropoceno, un sabio viajero que se asienta en su adultez, pero que sigue manteniendo curiosidades y preguntas, que escribe y escribe. Y que encuentra lectores capaces de disfrutarlo en la distancia de siglo medio. Pero que saben aprovecharlo para comprender el presente en que vida y tierra se expresan como una unidad dramática y urgente.

Los libros de Darwin

Puede parecer simple saber cuántos libros escribió. Pero no lo es. Así como a veces es difícil saber si un texto es un cuento largo o una novela corta, algunos de sus artículos extensos pueden ser libros breves. Las cartas organizadas por sus hijos son un grueso volumen de dos tomos y sin duda deben considerarse, pero ¿son un libro de Darwin?
Viaje de un naturalista alrededor del mundo
Zoología del viaje
Observaciones geológicas en América del Sur
La estructura y distribución de los arrecifes de coral
El origen de las especies
El origen del hombre
Las distintas formas de las flores en plantas de la misma especie
La expresión de las emociones en el hombre y en los animales
Plantas trepadoras
El movimiento de las plantas
Plantas carnívoras
La fecundación de las orquídeas
Efecto del cruce y la fertilización en las plantas
La formación del manto vegetal por la acción de las lombrices
La variación de los animales y las plantas bajo domesticación
Autobiografía



De la episteme a la clase: El largo viaje de Bruno Latour.

En los 70, la epistemología tuvo notables momentos. El terremoto Kuhniano de los 60 desencadenó réplicas que sobrepasaron la colosal fuerza del movimiento inicial. En un tono de encendido debate, Paul Feyerabend escribió *Contra el método* (1975), poniendo ironía y rigor a las cuestiones del conocimiento científico, desperdiciando el polvo positivista sedimentado.

A mediados de esa década también, un pequeño grupo de antropólogos y sociólogos entró a los laboratorios a estudiar de qué hablamos cuando hablamos de ciencias. El movimiento hacia California de Karin Knorr Cetina, Michel Lynch y Sharon Traweek fue además el de un doctorante francés que en 1976 se dirigió al laboratorio de Roger Guillemin en el Instituto Salk, donde se buscaba afanosamente identificar los Releasing Factors (RF), hormonas peptídicas que en ese momento hipotéticamente comunicaban el cerebro con la hipófisis.

El resultado de ese trabajo, doblemente exitoso pues los RF fueron finalmente aislados, se publicó como libro en inglés junto a Steve Woolgar y trataba de *La vida del laboratorio: la construcción de los hechos científicos*, trayendo consigo un nuevo habitante al mundo de los estudios de ciencias: el móvil inmutable o referencia circulante. Haciendo una combinación de la sociología de Harold Garfinkel con la semiótica de Algirdas Greimas, se buscó señalar de qué está hecho un objeto científico y condensar la ardua labor de producirlo:

una traza siempre cambiante en los instrumentos, pero a la vez siempre la misma, estabilizada como objeto identificable.

Que ese hallazgo podría alentar un nuevo horizonte para la sociología de las ciencias se vio pronto confirmado con creces. Los Science & Technology Studies (STS) se multiplicaron y la revista *Social Studies of Science* (SSS) tomó una dinámica incontrolable.

El doctorante pasó a ser posdoctorado y se instaló en la Escuela de Minas de París, llevando sus nociones a terrenos como la historia de la pasteurización, el proyecto de transporte ARAMIS, el rol del consejo de estado francés francés, la religión. Colaborando con Michell Callon produjo una revisión intensa de lo económico, los mercados y la economización. Junto a John Law transformó la sociología de la traducción en teoría de Actor-Red (ANT).

En el mismo momento en que caía el muro de Berlín y bajo la forma de un largo comentario del libro de Simon y Shapin sobre Boyle y la bomba de vacío, escribió *Nunca fuimos modernos*, una lectura del acontecimiento político del fin de siglo como parte de la crisis de la modernidad. En 1999 publicó *Politiques de la nature*. *Comment faire entrer les sciences en démocratie*, un libro que presagia sutilmente el debate actual sobre Antropoceno.

A partir del nuevo siglo, Bruno Latour empezó a ser reconocido como un autor novedoso, implacable y con una envidiable pluma filosófica. Desde el 2011 despliega uno de los mejores sitios web de autor, con un diseño sencillo, que ha hecho accesible sus ideas y textos por doquier. A la vez se lanza en una investigación colectiva sobre los modos de existencia, en la tradición de algunas preguntas filosóficas de Etienne Sourieau respecto de la instauración de la obra de arte.

Pues justamente otro de los rasgos del pensamiento de Bruno Latour es su relectura de autores como Sourieau, situados en las penumbras de la disciplina. Lo mismo ha hecho con Gabriel Tarde, Charles Péguy y la figura de Ludwick Fleck.

En el 2013, con motivo de las conferencias Gifford dicta seis conferencias sobre religión natural, que da origen a su obra más maciza de la década pasada, *Face a Gaia*, que a la vez abre un nuevo horizonte en su trabajo.

Hasta ese momento podríamos resumir su labor intelectual como una combinación de filosofía y epistemología de terreno, etnografía de las técnicas y ciencias. Un pensador notable del siglo XXI, de los principales animadores de los STS.

En enero recién pasado, a sus 74 años, acaba de publicar un

memorándum llamando a constituir una clase ecologista con Nikolaj Schultz, doctorante en Sociología de la Universidad de Copenhague. Un libro panfleto en que delinean las cuestiones tácticas y estratégicas para construir un movimiento político que tome la hegemonía política del presente, sobrepasando a liberales, socialistas, neoliberales y fascistas.

¿Es entendible este giro? ¿O es acaso Latour un Lear engeguedido por los tiempos, que abandona su reino intelectual con un doctorante por lazarillo?

Trayectoria intelectual de Latour: la modernidad epistemológica de la modernidad

Si hay un hilo conductor de todos sus trabajos es la identificación de la crisis de la modernidad con una cuestión epistemológica: los modernos son lo que son y hacen lo que hacen porque han establecido una dicotomía conceptual que no existe en otros pueblos: han separado naturaleza de sociedad. El frente de modernización es la búsqueda interminable de purificar los componentes de cada uno de esos territorios, expurgando toda presencia de su contraparte. Sin fin, porque es tarea imposible. Pero que a través de una acción modernizante permanente, sostiene a contrapelo la peculiar distinción que instala. En cierto

modo, despolitiza a las ciencias a la vez que excluye al mundo no humano de la política. Una división de tareas entre dos vertientes excluyentes: soy científico, no político o soy político y no científico.

Los estudios de STS precozmente señalaron que los objetos de las ciencias son construidos mediante operaciones instrumentales, de laboratorio o de terreno, y la constitución de redes de circulación de esos objetos. La sociedad no quedaba fuera de las ciencias, por el contrario sus prácticas son colectivas, los laboratorios son lugares animados de recursos sociológicos, a tal punto que son dignos de una sociología de las ciencias y sus objetos de estudio, se llamen naturaleza o si se quiere, objetos naturales, contienen en su vientre la labor de construcción y las redes en las cuales su circulación, estabilización, identificación y registro se tornan posible. No es que las ciencias duras sean sociales porque el contexto o el afuera las enmarca. Son sociales porque están hechas de vida colectiva.

En los 80 Latour fue tomando distancia de la noción de construcción social y en su libro *Reensamblar lo social* del 2006, puso a la ANT como un enfoque que separa su construccionismo de las explicaciones sociales de algo. Para él, lo social era lo que debía ser explicado y no la explicación de algo.

Ese sutil ataque contra la modernidad toma una forma radical con la publicación en 1991 de *Nunca fuimos modernos*. En medio de los debates modernidad/posmodernidad, el libro de Latour corta el nudo gordiano de manera brusca poniendo el dedo sobre las falacias de la modernidad.

Recién caído el muro de Berlín sus palabras parecían provocadoras, pues el debate principal no era la crisis de la modernidad, sino el fin de la historia. La acción comunicativa, las reglas de mercado, la extensión de la democracia eran las banderas más visibles y creíbles. Hasta la crisis ecológica parecía diluirse junto a la amenaza atómica de la guerra fría y el invierno nuclear.

Son los años en que Latour se dedica a las etnografías: de la tecnología, de los estudios de campo, de su ingreso al Consejo de Estado a etnografiar el sistema jurídico y de Jubiler, una reflexión sobre el habla religiosa. En cada una de sus investigaciones, arroja nueva luz sobre los modernos, sobre sus factiches, sus creencias, sus modos de argumentar. Podríamos reseñar otras obras, pero la promesa de este comentario es simple: entender la propuesta de una clase ecologista en una perspectiva de más largo aliento.



La actualidad del memorándum

La lectura del memorándum revela que tiene raíces y filigranas de la trayectoria de Latour, pero la convocatoria a la constitución de una clase ecologista es un giro intelectual notable. Porque propone una entrada frontal en el terreno político, con una bandera que si él mismo había señalado como deficitaria, nunca la tradujo en un llamado directo a la acción política. En varias ocasiones Latour señaló que la ecología política, los verdes, la defensa de la naturaleza, le parecían una mala entrada de las cuestiones planetarias urgentes, en la política cotidiana, remarcando que nadie se moviliza tras un objeto tan abstracto, y que las cuestiones territoriales tienen por lejos una mayor fuerza política. En eso el Latour de los 90 ya era muy claro. Pero esa perspectiva no derivaba en una propuesta para salir del atolladero. Mucho menos había trabajado en la delineación de un curso de acción político.

Es verdad que con Gaia, con la lectura de Nunca fuimos individuos de Gilbert, Tauber y Sapp y con su valoración de la biología de la historia de Hanna Landecker, Latour se ha ido biologizando velozmente.

En sus dos últimos libros Dónde Aterrizar y Dónde estamos, retoma la expresión generación de Aristóteles y la transforma en una radical alternativa a la modernidad productiva, fuente común de la cual beben socialismo, liberalismo, neoliberalismo y también fascismo. En el registro de una conversación con Carolina Miranda del 2019 da una segunda mirada esclarecedora a sentencias que aparecían en los dos libros citados, en la ocasión más como señas que como propuesta.

Pero es en el memorándum, donde la generación cobra una viva fuerza y una expresión muy precisa, al unirse a la cuestiones sobre economía y tierra de Karl Polanyi y al construccionismo de clase de Edward Thompson.

Esta recuperación de dos autores marginales del movimiento socialista del siglo XX, no es sólo la conexión con sus nociones ecologistas que vaya si las tienen, si no la valoración de la urgencia de constituir un movimiento colectivo que no se mueva a la zaga de los problemas y de las corrientes políticas existentes. Aprender de estos disidentes una vocación mayoritaria a la cual sus propuestas legítimamente aspiraban.

De este texto reciente, para ir concluyendo, rescato tres cuestiones

inmediatas:

La primera, es que, si en cuanto a carácter y trayectoria el activismo urgente de Latour representa un giro radical, la epistemología sigue siendo en él una cuestión política. Lo que sucede es que Antropoceno nos ha llevado a sacar todas las conclusiones: la reflexividad no es meramente una genuina inquietud del saber. La reflexividad, dados los efectos de nuestros efectos, es parte de una consideración de los efectos. No hay mayor lección epistemológica que la del Antropoceno: saber no sólo es poder, sino la única posibilidad de atenuar los efectos de ese poder.

La segunda, es la necesidad de sobrepasar la noción de producción y de recursos para poder actuar en política. Reconocer que vivimos de la generación y no de la producción, permite salir de lógicas como nuevo trato verde o crecimiento cero. Apelar a una biología que considere cultura y semiótica, en la que siempre surge lo distinto, hace que debates como libertad y necesidad sean cuestiones de otro tenor al ser miradas a través del lente del productivismo o a la luz de la generación. Todo lo que queda fuera de la producción, hoy en pleno Antropoceno debe ser tenido en cuenta y mirado desde la perspectiva más básica de la generación. Al fin y al cabo, es lo que hacen los pueblos no modernos. No se trata de meras externalidades, sino de la habitabilidad del planeta.

La tercera, es la necesidad de construir un movimiento político ecologista que no se limite a administrar el productivismo, que pueda también transformar los mecanismos de debate y de resolución de los problemas políticos. La organización de una clase geosocial, cuyas condiciones de existencia exceden la cuestión abstracta de la propiedad de los medios de producción, para centrarse en la materialidad vital de las condiciones de existencia: agua, aire, suelo, biodiversidad, territorio.

En estos días en que la sobrevida del ecosistema marino de punta Choros ha sido trasladada al comité de ministros del gobierno, el desafío que delinea Latour es también agudamente nuestro. La suerte de un ecosistema es un asunto político, no hay duda. Pero hay una enorme distancia entre el movimiento territorial, la clase geosocial que se opone a Dominga y los decisores políticos en cuyas manos está el poder de decisión.

Pues, esa brecha es lo que Latour nos anima a cerrar. Sin la construcción de ese actor social y de la disputa por su hegemonía, el destino de Punta Choros no se podrá distinguir de la suerte corrida en Ventanas, Los Vilos, Catemu, Reloncaví, Isla Riesco o Isla Guarello: la generación devorada por la producción.





Comentarios

En este número saludamos la colaboración de Miguel Kottow, cuya presencia en los dos comentarios siguientes, valoramos particularmente y sentimos también como un envión a VRB.

Oreskes, N. (2021) Why Trust Science? Princeton New Jersey: Princeton University Press.

Publicado en 2019, la autora agrega un prefacio a la edición de bolsillo de 2021, con extensos comentarios sobre la pandemia COVID-16 que encapsulan la idea matriz del libro: “Los países que han logrado mantener bajas tasas de mortalidad, controlaron eficazmente la diseminación del virus gracias a su confianza en la ciencia”, solo tardíamente reconociendo el rol de políticas públicas y decisiones personales. El texto contiene las dos conferencias Tanner que la profesora de historia de las ciencias Naomi Oreskes dictara en 2016 en la Universidad de Princeton, así como comentarios críticos de cuatro académicos, precedidos por una introducción descriptiva del politólogo Stephen Macedo, para cerrar con una réplica de Oreskes.

Desde la Ilustración quedó establecido que la ciencia respetuosa del método científico es la vía regia para conocer la naturaleza y, añade Francis Bacon, para controlarla en beneficio de la humanidad. Muchos resultados fueron producto de tesón individual, y la confianza en los resultados investigativos dependía del prestigio del científico más que de la mostración de novedad o la demostración de un planteamiento teórico: el develamiento de un logro científico ocurría ante una respetada y exclusiva institución -Royal Society, Académie des Sciences, National Academy of Science-. Con el positivismo de Comte la probidad del investigador es reemplazada por el empleo confiable del método científico, hasta que Ludwig Fleck constata que el conocimiento científico proviene de la interacción y colaboración de la comunidad científica.

Desde la Escuela de Edimburgo, la emergencia de estudios sociales de la ciencia (SSS= Social Studies Science), la extensa producción académica de Bruno Latour, el iconoclástico trabajo de Paul Feyerabend, Oreskes presenta una historia comentada de la epistemología, donde incluye a muchos (Duhem, Quine, Popper) pero también deja afuera a otros como Callon, Law, Hacking, mostrando cierta urgencia por llegar a los trabajos de epistemólogas feministas -Sandra Harding, Helen Longino- para reforzar los logros colectivos, el perspectivismo epistemológico que promueve la diversidad. De la diversidad salen las rectificaciones no tanto de la ciencia como de los científicos comprometidos en el proceso social de la “interrogación transformativa” que reconoce, sostiene Longino, cómo el científico no puede abandonar sus sesgos, valores y trasfondo cultural, y ha de someter sus hallazgos a la comunidad de sus pares para sacar a luz prejuicios ocultos y alcanzar la objetividad. De este modo, el quehacer científico socializado, diversificado y liberado de las estrecheces del método, permite un libre intercambio entre científicos, que lleva, en opinión de la autora, a consensos cognitivos lo suficientemente robustos para alcanzar una objetividad confiable.

El tercer pie del trípode -epistemología colectiva, objetividad por consenso- con que Oreskes estabiliza la confianza en la ciencia se basa en la designación de expertos “estudiosos del mundo” que reciben los científicos, por lo cual “si debemos confiar en alguien que nos hable del mundo, hemos de confiar en los científicos”. El texto continúa con otras aseveraciones cuestionables: “filósofos, historiadores, sociólogos y antropólogos han tenido todos interés en la ciencia por su éxito”. Ello es importante, pero no suficiente: la confianza en la ciencia se fundamenta en el trabajo de selección, revisión y corrección de lo producido y publicado por científicos, a cargo de expertos que efectúan revisión por pares -peer review-. El científico muestra su trabajo en seminarios y debates previos y lo presenta en congresos, satisfaciendo los rituales dirigidos por expertos científicos y que, de ser consistentemente aprobatorias, llevan a que los expertos otorguen la jerarquía y titularidad académica – tenure, profesor titular – y el ingreso, como diría Bourdieu, a los selectos de su campo disciplinar.

Actividad científica colectiva que da por certero aquello que le merece consenso y permite su diseminación bajo la tutela de expertos científicos calificados, desplegando una ciencia “exitosa” en lo cognitivo pero impredecible e incierta a nivel normativo: la astrofísica acumula muchas certezas, pero la sociedad no ha visto necesidad o utilidad en normar conductas o políticas al respecto. O, más cercano, la ciencia ofrece vacunas anti-COVID-19 de aplicación universal, sin que aparezca una normativa respecto a la universalidad de su eficacia y accesibilidad. El trabajo científico es autorregulado y ajeno a las externalidades que provoca.

El modo de asegurar la validez y confiabilidad de la ciencia está dado por el establishment científico (investigadores expertos avalados por la comunidad de expertos) en una circularidad autopoietica. Todo lo que se opone al conocimiento científico es producto de investigación sesgada, cultivo de intereses corporativos o ideologías anticientíficas que tienen la habilidad de convencer y crear dudas (Conway y Orestes publicaron en 2010 el libro Merchants of Doubt. Hay traducción española), cuya apoteosis es la negación del cambio climático antropogénico, que irrita de sobremanera a Oreskes habiendo centrado sus esfuerzos en recuperar la confianza en la ciencia en vista de la pasividad generalizada frente al cambio climático a pesar de las investigaciones que confirman que el deterioro medioambiental se produce aceleradamente por acción antropogénica.

Mencionando a Latour, la autora no se detiene en la distinción entre matters of

fact -hechos- y matters of concern -valores y preocupaciones imperantes en la sociedad- que se distancian de los nudos hechos y restan confianza a los datos empíricos de la ciencia, como lamenta el texto de Oreskes. Como ejemplo, narra la historia de la eugenesia, una ideología que se viste con argumentos científicos imprecisos, pero logra mantenerse como opción dictatorial (nazismo alemán) o como una posible biotécnica de la ética. Pero la eugenesia no es ciencia y si ha pretendido serlo, justifica más bien la desconfianza en la ciencia que su fiabilidad.

Finalmente, el texto resume las condiciones para la producción de conocimiento científico confiable: “1) Consenso, 2) Método, 3) Evidencia, 4) Valores, 5) Humildad, todo estucado con una capa de consenso mediante la cual los pares legitiman la ciencia. Su pentagrama es frágil: la humildad, referida al rechazo de dogmas y la aceptación de pluralismo, tensiona las posibilidades de consenso, del mismo modo como valores pueden desestabilizar la evidencia. Mas, consciente de no haber podido robustecer la confianza en la ciencia, recurre al argumento de Pascal: si uno no adopta el conocimiento científico frente al cambio climático y resulta que el deterioro diagnosticado y pronosticado resulta ser cierto, habrá mucho sufrimiento. Si, en cambio creemos en el cambio antropogénico y resulta no ocurrir, habremos mejorado el mundo de todas maneras. Implorar a los científicos que confíen en la ciencia es un esfuerzo redundante, si la solicitud va al público no científico, no logra convencer.

En los comentarios aparecen críticas a esta circularidad de la ciencia confiable dado que son los expertos científicos los que deciden; la eventual aprobación pública no es otorgada a la ciencia sino a la técnica, celebrando menos el hallazgo cognitivo que el producto técnico resultante. La confianza de los científicos en su propia actividad no elimina la brecha entre cognición y normas de aplicación condicionadas por consideraciones del tipo ELSI -ethical, legal and social implications (implicancias éticas, legales y sociales)-. El filósofo pragmático John Dewey reconocía la confiabilidad de la ciencia en tanto eran fiables y justificables sus consecuencias prácticas tanto a nivel de medios como de fines.

En su respuesta a los cuatro comentarios críticos presentados, Naomi Oreskes los rechaza con nuevas afirmaciones de su pensamiento. Advierte a uno de sus críticos haber caído en la “falacia del precedente teórico” desarrollada por David Bloor: el éxito tecnológico no necesariamente es precedido de una teoría explicativa, pero, retruca la autora, “simplemente no es plausible que nuestras exquisitamente complejas tecnologías pudieran funcionar tan bien si las teorías que las sustentan fueran erróneas”. Confiemos, pues, en la ciencia.

Desconcierta cómo a lo largo de este texto abundan los ejemplos de errores y transgresiones morales de una ciencia plagada de intereses económicos corporativos y académicos, con cuya presentación la autora pretende distinguir entre la rectitud de la ciencia y sus abusos. No obstante. más bien tiende a reforzar la desconfianza en la ciencia y la celebración de un mundo rico en instrumentos, aparatos y toda clase de sofisticaciones técnicas, cuyos fundamentos científicos no se conocen ni interesan al consumidor. Las falsas ciencias, nos explica la profesora, son aberraciones del quehacer científico por cuanto son conocimientos interesados, sesgados y carentes de consenso, que atentan contra la pureza de la verdadera ciencia. Reconoce, no obstante, que esta pureza adolece excepcionalmente de máculas, ocasionales según ella, bastante más habituales para el observador externo. Incluso el fraude es aceptado con el argumento que todas las actividades humanas contienen aspectos fraudulentos. No se vislumbra un estrechamiento de la brecha entre ciencia y normativa, pero sí que la ciencia, confiable o no, se expande aceleradamente y causa con ello nuevos problemas detallados en una obra que propone otra forma de hacer ciencia; más reflexiva, más pausada y en respeto de la tríada baconiana de conocer-controlar-beneficiar distorsionada en una aberrante lectura en clave capitalista global: conocer- controlar- dominar.

Stengers. I- (2013). Une autre science est possible! Paris:Le Découverte.

Hay traducción al español de esta obra de la química y filósofa de la ciencia Isabelle Stengers, que asevera que la mayoría ciudadana no le interesa la ciencia en cuanto acumula hechos y datos, sino los temas que nos afectan real y cotidianamente son los matters of concern, (Latour) o “matière á préoccupation (Guatari), herederos de los matters of importance que A.N. Whitehead reconocía en los años 30 del siglo pasado.

Se viene fracturando el equilibrio entre el público que concede una confianza indiferente al quehacer científico, y el mundo de la ciencia que prefiere amurallarse en el laboratorio para no mostrar sus falencias, su dependencia de intereses económicos que lo sustentan, atrincherado en las universidades que cultivan una agenda de creciente insensibilidad moral en estudiantes que ingresan a la ciencia con objetivos de beneficio personal. Desarrollos preocupantes como la agro-toxicidad, la presencia de alimentos genéticamente modificados, los conflictos sociales y el deterioro medioambiental se han vuelto inquietudes cotidianas y generalizadas que llevan a desconfiar de una ciencia ensimismada y sumida en conflictos, con gran capacidad diagnóstica pero estéril en lo terapéutico y contradictoria en sus pronósticos. Se instala la imagen pública de la ciencia como “empresa deshonesto e interesada”.

A medida que crece y se sofistican las herramientas científicas, la presión de publicar aumenta y la producción científica se acelera, velozmente evaluada por los pares y puesta a disposición de las revistas indexadas que estimulan aún más el circuito endogámico de la actividad científica. Stengers se hace eco de las ideas

de Callon y su grupo por abrir el laboratorio al mundo, crear foros híbridos organizados y estimular la mutua polinización de la investigación confinada con la investigación abierta. En suma, reconocer la fecundidad de una ciencia que cultiva otros valores que la mera colección de “datos que prueban”. Lo requerido son investigaciones que abran opciones y estimulen la imaginación (Latour) y no pruebas y “certezas” que responden a preguntas preñadas de incertidumbres que solicitan orientación, ponderación de valores.

El científico es un sonámbulo, ajeno a las preocupaciones del mundo, a las grandes preguntas sobre sentido, que sabe distinguir entre hechos y valores de un modo que las mujeres no pueden reproducir. Virginia Woolf relata los obstáculos para el acceso femenino a la educación superior, e Isabel Stengers se identifica con ella: estudió química, pero entendió que el deseado camino de la investigación le estaba vedado, volcándose hacia la filosofía como Woolf se había refugiado en la escritura. Mirando la ciencia desde afuera, Stengers determina que es necesario despertar al sonámbulo, hacerle ver las distorsiones que se producen con la mercantilización de la investigación, con la evaluación de los científicos por sus pares para publicar en conformidad con las normas impuestas de “conformismo, oportunismo y flexibilidad”. La ciencia, dice oblicuamente, es un matapasion.

La fiabilidad de la ciencia dura y acelerada se basa en presentar hechos indiscutibles develados en el medio purificado y estrechamente controlado del laboratorio, de la recolección obtenida al estudiar cohortes seleccionadas por su uniformidad sólo alterada por la variable en investigación, acumulando “hechos” indiscutibles, pero no extrapolables a la realidad de quienes “portan preocupaciones” que son ignoradas por las abstracciones de los científicos metódicos, confirmando así la asimetría producida por la ciencia rápida y las técnicas llamadas “materiales”, frente a lo que Stengers denomina “inmaterial o “humano”. En el excluyente discurso de los científicos con sus pares desarrollado al interior de su lenguaje fáctico, asoman apenas, pero en absoluto se integran, con el exterior donde vivimos todos los distantes de la ciencia dura. Los esfuerzos de los tan celebrados encuentros interdisciplinarios no son más que “tristes sábados” atendidos por académicos disciplinados que “escuchan con ligero tedio”.

No se trata, insiste Stengers, de obtener respuestas a las preguntas que los científicos se plantean, sino ante todo de llegar a propuestas que verifiquen la pertinencia de las preguntas mismas; antes que la autoridad de los hechos importa la exigencia de lo que significa pertinencia: “crear situaciones en que lo abordado por el científico pueda crear una diferencia crucial en lo concerniente al valor de estas preguntas”, convirtiendo la conquista en aventura.

Comentarios desde la psicología social resaltan el creciente número de textos publicados después de ser sometidos al rigor de la evaluación por pares y la aceptación por revistas indexadas, que deben ser retractados (escrito varios años antes que la pandemia exacerbara estos dislates). Aumenta, asimismo, la cantidad de artículos cuyos resultados no pueden ser reproducidos y quedan flotando en el limbo de lo incierto. Estas deficiencias en el quehacer científico se ven acrecentadas por las nuevas técnicas disponibles para la investigación, que además entienden por ciencia a las ciencias duras, las blandas quedando marginadas de ser científicas por cuanto operan con hechos y valores. En tanto

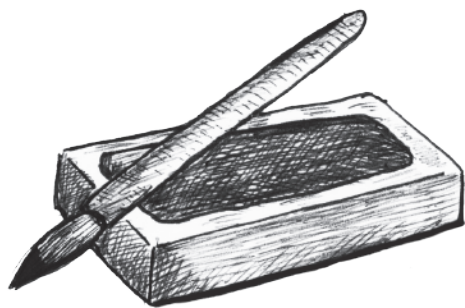
las ciencias duras operan en un circuito endógeno, las así llamadas blandas se abren al comentario y la evaluación de “no especialistas” puesto que las cuestiones estudiadas les conciernen o les interesan.

Estudiosa de Whitehead, Isabelle Stengers recuerda con nostalgia una cita que señala “la tarea de la universidad como la creación de futuro”, un futuro agrega la filósofa, marcado por una incertidumbre radical y no, como ocurre ahora, una universidad cuyos “estudiantes saben, pero no saben qué hacer con su saber.”

La universidad vuelta profesionalizante, envuelve al estudiante en el capullo protector de la ciencia centrada en sí misma, y los pocos que resisten este futuro prefieren reubicarse en sus estudios para evitar el enclaustramiento científico producida por la economía del conocimiento y apuntalada por la lógica capitalista. La oposición así creada fue materia política en el pasado, más la descalificación de la política “en nombre de la gobernabilidad”, entrega esta oposición a la ética y a las “preocupaciones del público”. La universidad ha abandonado la tarea de fomentar la ciencia lenta - slow science- capaz de cultivar otros modos de valorar “los conocimientos mediante procesos de aprendizaje, reflexión, de reconocer lo que nos sostiene y mantiene, de pensar e imaginar... de reaprender los unos con los otros, por los otros, gracias a los otros, aquellos que piden una vida digna de ser de vivida, de saberes dignos de ser cultivados.”

Enhebrando con el mismo hilo utilizado por Bruno Latour en su política de la naturaleza, y reconociendo la presencia de la ecología política, Stengers elabora la “civilización” de las ciencias, consistente en abrir el círculo cerrado de los hechos, al mundo público de los valores. La ecología política fomenta el pensar comunitario donde cada uno toma en serio las preocupaciones del otro. En la práctica, la ecología política necesita a su vez ser civilizada vista su tendencia a la escucha democrática que tiende a tolerar prohibiciones o deberes no negociables que “interrumpen el proceso político” y frenan el proceso civilizatorio de la ecología política que se desarrolla dentro de las restricciones y limitaciones de un proceso político. Frente a esta tolerancia paralizante, Stengers propone una “cosmología” que vaya más allá de la supuesta igualdad de quienes participan en la ecología política, para incluir a los marginados, a “quienes no pueden o no quieren aceptar estos límites”. Hay un guiño implícito a los subalternos que no pueden hablar de Gayatri Spivak, a lo excluidos que no tienen el derecho a tener derechos según Hanna Arendt, así como una abierta referencia a las epistemologías del Sur (Boaventura de Sousa Santos). En oposición a la idolatría por los consensos científicos, la cosmología no busca consensos, pues “ella traduce la exigencia de que las decisiones sean tomadas con la viva consciencia de sus consecuencias”. Quienes participan en el proceso político han de tener presente “la deuda que vincula sus decisiones a eventuales víctimas.” La cosmología debe ralentizar los procesos políticos antes que se instale la urgencia de soluciones únicas, y fomentar el pensamiento con “nuestros recursos propios, imaginativos, políticos y científicos. Aun cuando mal equipados, debemos producir una trama de procesos de “reapropiación” -Haraway habla de regeneración-, una “condición que ciertamente es insuficiente, pero que puede ser necesaria para un futuro digno de ser vivido- un porvenir.”

El narcisismo científico que se auto-regula y auto-estimula (ya lo señalaba Ellul hace muchos años) nos alejan de las certezas y orientaciones que el ciudadano busca y necesita. Cualquiera que no esté anclado a su taburete de laboratorio, habrá de ver en Isabel Stengers la pasión de matar al matapasion.



Temas en nuestro próximo número:

- ◆ Almas ruso-ucranianas de Gógol
- ◆ A la búsqueda de Rafael Elizalde
- ◆ Gusinde, Hilger, van Kessel: Monjas y curas indigenizados

Ilustrado por Nicolife Carrizo
Instagram: octoking

Impreso en IMPRENTA 1177
Ubicada en plaza Anibal Pinto 1177, Valparaíso.